

Jean-Pierre DUPUY, *La guerre qui ne peut pas avoir lieu*, Desclée de Brouwer, Paris 2018

El libro de Dupuy, *La guerra que no puede tener lugar*, empieza con un primer capítulo provocador: “A un minuto del apocalipsis y por qué a (casi) nadie le importa”.

El libro relata un accidente que pudo tener lugar en el 2018 cuando un misil estratégico de largo alcance parecía amenazar las islas Hawái. Según Dupuy, es al antiguo secretario de Defensa del presidente Clinton, William Perry, al que debemos haber sobrevivido a “algún que otro apocalipsis que no se ha producido”. Nosotros podemos congratularnos de que se interpretó como una falsa alerta. El problema es que podríamos hablar de un “accidente”. La diferencia entre haber experimentado el apocalipsis y seguir vivos dependía de un “accidente”. Las tesis de Girard que están detrás del discurso de Dupuy apelan a que, si hubiera tenido lugar ese accidente, cómo recoge Girard en *Achever Clausewitz*, se hubiera apelado sin pensar a la *montée aux extrêmes*, es decir a una escalada interminable hasta la mutua aniquilación. Lo importante aquí, para nuestro autor, es acentuar que no se trata de lo que hasta ahora se pensaba en términos de estrategia nuclear, es decir, que un ataque nuclear sería una decisión deliberada en una tensión de reciprocidad ante la cual no se ve otra decisión posible que lo que en términos estratégicos se llama a *brinkmanship* (la guerra al borde del abismo). Lo que muestra este accidente es que hay que entrar en otra lógica distinta a la que es fruto de una concienzuda deliberación. Sí esta alerta accidental hubiera dado lugar a una respuesta exactamente idéntica automática, lo cual es bastante plausible, hubiéramos tenido que poner en práctica lo que Clausewitz denominaba la escalada exponencial de la violencia hasta llegar a las tinieblas exteriores, la aniquilación mutua.

¿Por qué es tan frágil nuestra situación actual?

En el análisis del resentimiento en las sociedades democráticas, que son las que están amenazadas por la guerra permanentemente, Dupuy nos remite a Eric Gans y a sus *Crónicas del amor y el resentimiento* del 20 de octubre del 2001¹: El populismo actual en las democracias occidentales está centrado en la preocupación exasperada por las víctimas. Se trata de un resentimiento victimario que rige la vida cotidiana en la que lo políticamente correcto es la bandera. Esto que sucede a nivel de individuos y sociedad en la vida cotidiana (es decir, que nuestras relaciones siempre están mezcladas de envidia, orgullo y resentimiento que obstaculizan nuestras operaciones racionales decisorias) es inseparable de lo que sucede a nivel de naciones. El duelismo se traslada de lo individual y social a las relaciones internacionales. «Lo peor, y seremos testigos de ello, es cuando las armas, por su simple existencia, reemplazan las palabras y crean un nuevo lenguaje»². Este lenguaje está dominado por la rivalidad mimética, responde a la *teoría del loco* (MAD: *Mad man theory*, que remite a las siglas *Mutually Assured Destruction*). Dupuy cita a Daniel Ellsberg,³ aquel que publicó en el *New York Times* los llamados “papeles del pentágono”, cuando trabajaba como analista de datos especialista en la teoría de la “elección racional” en el contexto de la amenaza nuclear en la Guerra Fría. En su libro Ellsberg nos cuenta «el choque que recibió dándose cuenta del número de muertos que los planes que

¹ Eric Gans, <http://anthropoetics.ucla.edu/category/views/>

² Dupuy, *ibid.* p. 29.

³ *The doomsday machine. Confessions of a Nuclear Planner*, NY, Bloomsbury, 2017, pp. 270-271.

él había concebido entrañarían a escala del planeta: 600 millones. Ellsberg necesitaba precisarlo: 100 holocaustos»⁴.

Dupuy trata de alertarnos despertándonos de nuestro sonambulismo: «El tema del que trato no apasiona a las multitudes, más bien les aburre y esta es la razón profunda del hecho de que no tengan miedo. Las cifras son tan enormes que, si no dicen nada a nadie, y vamos a verificarlo más de una vez, los razonamientos alambicados les adormecen tanto que no excitan su imaginación. Los filósofos alemanes Hannah Arendt y Günter Anders subrayarán en los años 1950 la separación creciente entre aquello que somos capaces de hacer, se comprende de destruir, y aquello que somos capaces de pensar o simplemente representarnos a nosotros mismos. Hemos comprendido mal aquello que la primera llamaba la “banalidad del mal” y el segundo su “trascendencia”, que en el fondo son la misma cosa. Se trataba de decir por medio de metáforas aparentemente opuestas, que la interioridad no tiene importancia. El mal no se define ya por las intenciones de las que procede el acto, no es necesario, ya no hay que “cavar” profundo para encontrarlo, es un efecto de superficie, dice Arendt. Pero podemos decir, como Anders, que, aunque proceda de nosotros el mal se nos presenta como viniendo de una exterioridad insondable. [...] Lo trágico es que esto no tiene ninguna importancia».⁵

El pesimismo de Dupuy no deja lugar a dudas sobre la potencial escalada derivada de una reacción en cadena de respuestas nucleares. Es un hecho plausible. No repara en críticas a los ingenuos optimistas como Steven Pinker. Dice así en la nota 22, p. 54: la idea [de que existe un tabú universal al uso de las armas atómicas que impediría una catástrofe nuclear] ha sido vulgarizada por los pseudo-sabios mediáticos que practican el optimismo ingenuo irresponsable, tal como el psicólogo “cognitivo” Steven Pinker, con su best-seller *The better Angels of our Nature: why violence has declined*, (New York, Viking, 2011), defiende y que no es más un “encadenamiento de sofismas”.

La sabiduría, a posteriori de la Crisis de los misiles de Cuba, le hace recordar la reflexión de Nikita Khrouchtchev y que lo dice todo al respecto: «Qué supuesto bien me hubiera aportado, en el momento en el que yo desaparecería (en un apocalipsis nuclear), y en el que nuestra gran nación y los Estados Unidos de América habrían sido reducidos al estado de ruinas, el que el honor nacional de la Unión Soviética se hubiera salvado»⁶

El tema remite a Dupuy a la teoría de juegos, y al análisis de la diferencia semántica entre disuadir y “*preemption*”. A veces se traduce por prevención, pero no hace honor a la profundidad del término: *preemption* viene del latín *emptio* (comprar) que significa en lenguaje jurídico la acción de comprar antes que otros. Relacionado con el lenguaje estratégico (nota 28) implica que el ataque del enemigo es inminente, es decir, que ya ha comenzado y que uno lanza sus propios misiles para reaccionar a un evento en el que el registro en el futuro es tan fuerte que se lo tiene por ya presente, dando por supuesto que es necesaria una respuesta. Se trata de una enorme paradoja. «La prevención supone que la amenaza que se trata de prevenir es una posibilidad del futuro, que puede ser probable, entiéndase muy probable, y que uno trata de impedir mediante una acción, digamos, preventiva. Ninguna paradoja en este caso. En el inglés militar la palabra preventivo va precedida siempre de la palabra guerra -guerra preventiva- mientras que *preemptive* se encuentra siempre asociada a ataque -ataque preventivo-»⁷.

⁴ *Ibíd.*, pp.2-3.

⁵ Dupuy, *Ibid.* pp. 35-36.

⁶ Citado por D. ELLSBERG, o.c. p. 222.

⁷ Dupuy, *Ibid.* p. 59.

Aunque oficialmente se niega, nos dice Ellsberg, siempre ha estado «“en el corazón de nuestro sistema de alerta estratégica”: Para comprender mejor este punto esencial nada mejor que reflexionar sobre el nombre familiar de la “preemption”, o lanzar el primer golpe, que descansa en el oxímoron: *striking second firts*, es decir, por ejemplo, ser el primero en golpear en segundo lugar, en responder antes que el ataque»⁸.

Esta situación aparece como un juego oculto a la mirada de los ciudadanos comunes, una especie de tablero de ajedrez de una partida entre políticos. Ellsberg se pregunta por qué ocultar esta precaria situación al público... la respuesta para Dupuy es evidente: «Si la devolución (entendiendo devolución por la calculada reciprocidad) es necesaria para hacer la disuasión posible, también es igualmente muy peligrosa, pues incrementa considerablemente la posibilidad de un disparo decidido por un golpe de mano o por un accidente [o como en páginas precedentes por un mal entendimiento entre lo que llama Dupuy “jerarquías entreveradas”]. Como ha venido sucediendo en materia nuclear, y también en el dominio civil, no se trata del miedo de los gobernantes, sino del miedo al miedo que ellos imputan a los gobernantes, lo que explica la falta de transparencia y las mentiras»⁹

En los siguientes capítulos se apresta a pensar lo impensable: la locura de la estrategia MAD. Siguiendo, en alguna medida, las tesis de Girard, saca a la luz la importancia de la mimesis en esta tensión. Para Dupuy la estrategia MAD ha de interpretarse como una cuestión psicológica en torno al “prestigio”. En la nota 53 dice tener o no tener “el arma nuclear sería un factor de prestigio”. «Se trata de una causalidad histórica o en todo caso una correlación, entre el hecho de disponer de la bomba y las ilusiones de poder que esta nos da. Después de todo, la palabra prestigio significa exactamente esto. Viene del latín *praestigium*, que significa ilusión, de dónde procede la palabra “prestidigitador”. La verdadera desmitificación¹⁰, aquí, consiste en decir como Anders que, sí, el arma nuclear es un factor de prestigio pero que el prestigio no es nada»¹¹.

Pero, aunque no sea nada, el resultado es “la abominación de la desolación”¹². El tema que inmediatamente se nos sugiere es obvio: ¿qué decir de la guerra justa? Cuando se trata de armas nucleares, este tema es más que problemático porque la hipotética victoria no sería nada más que una victoria Pírrica. La violencia de las armas nucleares es tan extrema que no nos podemos defender contra ellas, que el ataque sea un primer golpe del enemigo o que sea la respuesta del enemigo a su propio primer ataque. «Nada permite concluir, mientras tanto, que la victoria de MAD, no sea más que una victoria a lo Pírrico»¹³, en la que lo único que se salva es el orgullo, y ni siquiera, a costa de todo.

Como no podía ser de otra forma, para Dupuy, lo que hay es la enésima versión del arcaico y perenne mecanismo sacrificial, que acometió en sus obras precedentes: *El sacrificio y la envidia* y *El pánico*. Para adentrarse en un nuevo paso del debate recurre al dilema planteado en *La decisión de Sophie*: «la estructura de elección es tal que la solución sacrificial *domina*, en el sentido técnico que este término tiene en la teoría de la “elección racional”, la solución no sacrificial: el ser sacrificado perecería de todas las maneras. La de la disuasión nuclear refuerza

⁸ Ibid. p. 61.

⁹ Dupuy, pp. 66-71.

¹⁰10

¹¹ Ibid. pp. 74-75

¹² Ibid. p. 81.

¹³ Ibid. p. 78.

aun, más el carácter de evidencia de la racionalidad consecuencialista. [...] El cálculo consecuencialista ajusta las pérdidas que sufriría el adversario, pero es evidente, en esta comparación entre escenarios alternativos, que cada uno gana y pierde al mismo tiempo que el otro»¹⁴.

En sus obras anteriores Dupuy ya había sugerido que la cuestión sobre la que descansa nuestra propia posibilidad de supervivencia no es la ética, no es el cálculo racional. La teoría mimética nos ha demostrado que el comportamiento es mimético, antes o en mayor grado que racional. Ante esta situación la ética se encuentra impotente. «Yo he sugerido que es sobre la cuestión del sacrificio (tanto del individuo como de la colectividad) en el que la ética manifiesta claramente su desgarramiento interno»¹⁵.

En los últimos capítulos se lanza a tratar el problema de la disuasión nuclear sirviéndose de las paradojas prudenciales, de la teoría de juegos, de la ineficacia de las racionalizaciones al respecto que se han sucedido a lo largo de la historia reciente. Se sirve de metáforas y ejemplos como el juego de la “poule mouillée” [marica o la «gallina “mojada”», propuesto por B. Russel] para mostrarnos el arriesgado y absurdo dilema en el que nos encontramos: retirarnos de una carrera suicida o chocar el uno contra el otro asumiendo un final predecible: dos coches que caminan por una autopista en dirección contraria en el que cada uno espera que el otro se rinda y dé un volantazo antes de chocar frontalmente. O el ejemplo en nota a pie de página¹⁶ de “la cuerda del equilibrista”, en inglés sería el equivalente del famoso: *brinkmanship*... «Podemos jugar a veces a este tipo de juegos sin catástrofe, pero tarde o temprano llegaremos a pensar que perder la cara o el honor es mucho más terrible que la aniquilación mutua. La hora llegará en la que alguno de los dos campos no soportará más verse humillado por un juego ridículo de “poule mouillée”. Cuando llegue este momento los hombres de Estado llorarán juntos por el mundo destruido»¹⁷.

Dupuy nos conduce a una conclusión provisional. Respecto a la disuasión nuclear no hay respuesta unánime, no hay argumento que dé armas a un argumento contrario; no hay razonamiento que no tome la forma de una paradoja. La situación es frustrante, casi una humillación para la razón. Algunos dirán que ha sido eficaz la disuasión nuclear puesto que nos ha evitado la guerra nuclear, pero no es así. El que uno no quiera encontrarse de frente con una guerra nuclear no evita que pueda suceder. Para avanzar en esta línea no tenemos elección. «La ideología invasiva de los *Big Data*, que se expande hoy día como un cáncer en las Ciencias del hombre - acumulemos los datos y podremos prescindir de la teoría- nos conduce piadosamente hacia el muro fatal que implica la guerra nuclear. Porque no hay datos ni en el pasado -ya que no estaríamos aquí para recogerlos- ni en el futuro, porque el futuro no nos *dona* nada. El grado cero, punto de partida del pensamiento sería aquí afirmar que es a la inversa: somos nosotros, aquí presentes, nosotros los que damos existencia al futuro construyéndolo. El que nosotros perezcamos en un fuego de artificio nuclear no depende más que de nosotros. Esto es, podemos esperarlo, pero no decidir sobre él. En resumen: no escapamos a la necesidad de pensar el futuro. Para esto es necesario recurrir a la metafísica».¹⁸

¹⁴ *Ibíd.* p. 95

¹⁵ *Ibíd.* p.98.

¹⁶ *Ibíd.* p.108.

¹⁷ *Ibíd.* p.109.

¹⁸ *Ibíd.* p. 140.

Dupuy nos invita a dos lecturas: Steven P. Lee¹⁹, para evaluar la potencial racionalidad del ser racional; y su amigo y maestro René Girard del cual recibe la idea de que la bomba atómica es el nuevo sagrado violento, que él nos había expuesto en *La violencia y lo sagrado*²⁰: «Lo sagrado nace de un mecanismo similar de auto-exteriorización de la violencia. Se puede decir que la bomba atómica, sobre todo en la época del principio de la Guerra fría, era nuestro nuevo sagrado»²¹.

Recurriendo al término paulino que Girard reutiliza en *Achever Clausewitz* técnicamente, nos dice que el *katejon* (el primero en usarlo para el análisis político fue Carl Schmitt), es “el que retiene, el que frena la marcha hacia el apocalipsis”. «Para Girard, el *katejon* por excelencia es el Satán de la Biblia, aquel del que se dice en Marcos 3,22-30: “Satán expulsa a satán”. Satán es el principio de autorregulación de la violencia. La violencia es capaz de protegerse hacia el exterior de ella misma en un movimiento de auto trascendencia y después de esta exterioridad, autorregularse y autolimitarse. Desde este punto de vista la disuasión nuclear, bajo la forma pura MAD, es la Encarnación Suprema de este Lucifer puramente laico, puramente humano. Se puede retomar el conjunto de las paradojas que hemos recogido en los apartados precedentes y volverlas a leer a la sombra proyectada desde este “portador de luz”. La violencia del tigre es una violencia inocente, forma parte de la naturaleza. Cómo Rousseau decía la violencia del tigre es extraña al mal. El tigre nuclear no tiene este candor. Su existencia viene de una decisión humana extremadamente arriesgada: la de dejar que se desencadene la violencia de los hombres y de sus máquinas de muerte contando con su poder de autorregulación. Esto es verdaderamente un pacto con el diablo, muy arriesgado. Belzebul no puede expulsar a Belzebul, solo multiplicarlo. Los profetas y agoreros del destino juegan a usar el pasado para deducir de él como causa el futuro. Pero Dupuy nos presenta otra idea extraída de Hans Jonas y Günther Anders -se detiene en la curiosa coincidencia del nombre de Hans Jonas, con el profeta veterotestamentario del mismo nombre que habría de anunciar a Nínive su apocalipsis particular-. Del gusto por el género parabólico de Anders, Dupuy nos trae a colación un texto bastante interesante. «Noé estaba cansado de escuchar a los profetas agoreros que anunciaban sin cesar una catástrofe que no acababa de llegar y que nadie se tomaba en serio. Vestido de saco y penitente aguantaba las burlas de los demás que le preguntaban una y otra vez cuándo sucedería la catástrofe. Su respuesta siempre era: mañana. «Pasado mañana, el diluvio será cualquier cosa que *habrá sido* y cuando el diluvio *habrá sido*, todo aquello que es no *habrá jamás existido*. Cuando el diluvio se ha llevado todo lo que es, todo lo que *habrá sido*, será demasiado tarde para recordar, pues no habrá nadie que pueda hacerlo. Entonces, no habrá ya diferencia entre los muertos y aquellos que les lloran. Sí he venido ante vosotros es para invertir el tiempo, es para llorar hoy los muertos de mañana. Pasado mañana será demasiado tarde [...dicho lo cual] Un carpintero golpeó a su puerta y le dijo: déjame ayudarte a construir el arca, para que lo *que viene sea falso*. Más tarde un techador se une a ellos diciendo: llueve por encima de las montañas dejadme ayudaros para que lo *que viene sea falso*»²².

¹⁹ Lee, Steven P., *Morality, Prudence, and Nuclear Weapons*, Cambridge University Press, 2018.

²⁰ René Girard, *La violence et le sacré*, Grasset, Paris 1972. Traducida por Anagrama, Barcelona 1978.

²¹ Ibid. p. 147.

²² Thierry Simonelli, *Günther Anders. De la désuétude de l'homme*, Éditions du Jasmin, 2004, pp 84-5 in Ibid. p.155.

«Poniendo en escena el duelo de muertos que no se han producido todavía, esta fábula invierte el tiempo, dice Noé, en el sentido en el que el efecto (el duelo) precede a la causa (los muertos)»²³.

«La paradoja de la profecía de la desgracia se presenta como sigue. Hacer creíble la perspectiva de la catástrofe necesita que se incremente la fuerza ontológica de su registro-inscripción en el futuro. Los sufrimientos y los muertos anunciados se producirán inevitablemente, como un destino inexorable. Pero si rehusamos a convencer al mundo que este es el caso habremos perdido de vista la finalidad de este artificio, que es precisamente motivar la toma de conciencia y la acción a fin de que la catástrofe no se produzca -déjame ayudarte a construir el arca para que esto sea falso-»²⁴.

Lo que impide a esta metafísica hundirse en un fatalismo arcaico y trasnochado es la estructura que le confiere el recurso al futuro anterior: *cualquier cosa que habrá sido y cuando el diluvio habrá sido, todo aquello que es no habrá jamás existido*. La metafísica del tiempo entre el pasado y el futuro, llamada *tiempo del proyecto*, es una metafísica que tiene el futuro por “necesario”. Los nuevos profetas actúan buscando un punto fijo para encontrar una anticipación o una relación causal entre el pasado y el futuro. Desde la *metafísica del tiempo de la historia* las paradojas de la disuasión no se resuelven tan fácilmente como desde el *tiempo del proyecto*. Pero la *metafísica del tiempo de la historia* salva la incertidumbre del futuro, la posibilidad de que ocurra la catástrofe tanto como que no ocurra, no como posibilidades disyuntivas sino como una conjunción de estados que se revelarán a posteriori necesarios, uno u otro, en el momento en el que el presente haya elegido entre ellos. En el momento en el que estalló la bomba atómica en Japón “la historia se volvió obsoleta”, dice citando a Günther Anders: Hiroshima está por todas partes.²⁵

El apocalipsis es como un destino en nuestro futuro y aquello que mejor podemos hacer es retardar indefinidamente la suerte, estamos viviendo un tiempo prestado. Este retraso, es decir el tiempo que nos queda antes del apocalipsis, es indeterminado. «El lugar que podemos establecer entre esta visión catastrofista y mi propia argumentación es que tanto una como otra tratan de casar la necesidad y la contingencia, el fatalismo y la indeterminación, designando nuevas figuras que no caigan en uno u otro polo»²⁶.

Insuficiencia de la ética prudencial y del diálogo.

La única crítica que lanza sobre su inspirador Steven R. Lee es que se limita a la ética de las intenciones, siguiendo la estela de Rawls, y la teoría de juegos y no ve que «la solución propuesta, la paradoja prudencial exige que la catástrofe que supondría una guerra nuclear no está confinada al estado de las meras amenazas, sino que pertenece totalmente a la actualidad del futuro. La tensión en el interior de la ética, entre el consecuencialismo y la moral ordinaria,

²³ Ibid. p. 155.

²⁴ Ibid. p. 156.

²⁵ Ibid. p. 200. Gunther Anders, *El piloto de Hiroshima*, en el que narra la historia de Claude R. Eatherly cuando el 6 de agosto de 1945 cumple la orden de destruir el puente situado entre el cuartel general y la ciudad de Hiroshima y por un error de cálculo hace que la bomba caiga sobre la ciudad. Según Anders, Eatherly personifica la conciencia en un mundo que persuade al individuo de que no es responsable de las consecuencias de su acción. El mundo tecnificado nos implica en hechos cuyos efectos somos incapaces de representarnos. Esto hace que podamos ser inocentemente culpables como nunca antes, en términos girardianos. Es algo que sobrepasa la conciencia, aquello que está más allá de sus límites: en Hiroshima coinciden el verdugo, las víctimas y el intelectual.

²⁶ Ibid. p. 200.

entre la violencia como remedio a la violencia y el horror de la violencia nuclear se encuentra exacerbada hasta el punto de la ruptura²⁷. Es el momento de concluir. Sí, es posible dar fundamentos racionales a la eficacia de la disuasión nuclear. Y esta conclusión es terrible»²⁸.

Para Dupuy la teoría de juegos no es suficiente, no es capaz de superar las paradojas a las que se ve abocado ese modo de razonar. La razón “práctica” es doble y no unívoca. Sostiene que «tenemos acceso a otro tipo de razón práctica la cual reposa sobre una concepción del tiempo muy diferente en la que las dependencias contra factuales y las dependencias causales están en relación de antisimetría». La paradoja: pasado cerrado (fijado) y futuro abierto, o al contrario pasado abierto, futuro cerrado (fijado) solo se puede resolver, según Dupuy, con su propuesta de lo que el denomina “equilibrio proyectado”. Tomando como cierta la afirmación de Clausewitz según la cual: “en razón de sus consecuencias, los acontecimientos posibles deben ser juzgados como reales”.

Al final, en una nota a pie de página plantea un tercer estadio del razonamiento que pone en crisis la operación racionalista, “aparentemente infantil”, de todos aquellos en cuyas manos está la decisión problemática que recorre estas páginas. Obviamente, la gran dificultad es que inevitablemente han de entrar en juego “la dimensión de la libertad, de la gratuidad y del carácter improductivo”. Los juegos de equilibrista racional de Nash y los teóricos prudenciales se basan en «maximizar sus ganancias suponiendo que la acción del otro está fijada, es decir, contrafactualmente independiente de su propia acción. Existe evidentemente un tercer estado no catastrófico, el caso en el que los dos rivales hacen simultáneamente una separación, como nosotros hemos hecho en todas las rutas ordinarias en general sin el menor sentimiento de humillación. Esto no es, mientras tanto, una cierta búsqueda de equilibrio, porque haciendo esto permitimos jugar al otro a permanecer en medio del camino». Este párrafo remite de nuevo al juego russelliano de la “gallina mojada” (*poule mouillée*): dejo al otro la carretera libre y me aparto humildemente para que él pase. Esta tercera vía es lo que Girard denomina la “renuncia sacrificial”, es decir, aquello que propone Cristo y el cristianismo a la tesitura sórdida del dilema humano: o nos reconciamos o la nada. Lo prudencial y lo moral han de implicarse mutuamente sin separación racional-ficticia en el plano del tiempo de la historia, de lo real, en el cálculo. Pero esa tercera vía sólo es sugerida, obviamente, en nota a pie de página y sin explicitar.

²⁷ Cita a Jorge L. Borges: como senderos que se bifurcan sin posibilidad de reencontrarse.

²⁸ Ibid. p. 201.